



CONVERSACIONES XLIX

PROSIGUE LA MISMA CONVERSACION SOBRE EL BAILE.

Balsamia. Meditado atentamente por nosotras cuanto nos has dicho sobre el baile; hallamos felizmente, que nada de eso nos coge á nosotras.

Cesaria. Sí os coge; y mucho mas aún de lo que pensáis.

Eusebia. Es que nosotras no vamos á los Bailes públicos, que es de lo que hasta hora nos has hablado.

Cesaria. Verdad es; pero todo lo que he dicho de estos, conviene y debe extenderse á todos los demás.

Balsamia. De esa manera, confundes unos con otros; los que son públicos, y los que se hacen en secreto.

Cesaria. No hay tal, no los confundo; lo que digo, es, que unos y otros son igualmente peligrosos. Fuera de eso, ¿llamáis Bailes secretos á aquellos, de que se da aviso al público, y cuyo estrépito es preciso que se deje oír de todos cuantos pasan por la calle?

Eusebia. Es verdad que en este sentido no se pueden llamar secretos; pero en otro sentido si lo son, porque se tienen entre cuatro paredes. Además, que para ellos no convidamos sino á gentes de forma y escogidas.

Cesari. Aunque eso sea así, los tales Bailes no son mejores que los otros; por que los mismos peligros se encuentran en ellos. Después de eso: ¡qué gente de forma! Nadie hay que deje de conocer, en que sentido debe tomarse esta palabra; y por cierto, que no hace ningun honor á esas personas, que se dicen escogidas.

Balsamia. Da el sentido que quisieres á esta expresión; ello es puntualmente como te decimos.

Cesaria. Si es que estas tales personas son escogidas, verosimilmente lo serán por cuanto se distinguen por su osadía, por la profanación que hacen de los dias festivos, y porque no se les vé asistir á los Divinos Oficios.

Eusebia. Mucho decir es eso.

Cesaria. Yo concedo que es mucho; pero la lástima es que es verdad.

Balsamia. Permíteme te diga, que no es eso de lo que ahora se trata.

Cesaria. Pues tú me harás el gusto de entrarme en camino, si es que me voy desviando.

Eusebia. Tú has dicho, que los Bailes privados ó en secreto, no son mejores, que los que se tienen en público; y esto es lo que deseamos nos expliques, como puede ser.

Cesaria. Hasta aquí nada hemos dicho, que se aleje de este intento.

Balsamia. Sin embargo, hay muchas personas, que no vituperan los Bailes que se tienen privadamente.

Cesaria. Tampoco yo los vitupero, cuando concurren tales circunstancias; que los hagan inocentes; que es en los tiempos de huelga, cuando no se trabaja; cuando se emplean ó destinan para Bailes los días de fiesta, ni tampoco las horas señaladas para los Divinos Oficios; cuando no se tienen entre gente propia; y en fin, cuando se guardan todas las reglas de la modestia y de la descencia que corresponde.

Eusebia. Cabalmente nuestros Bailes son así.

Cesaria. Si eso fuese cierto, nadie los condenaría; y se vé, que antes bien todos los condenan.

Balsamia. Dejemos aquí los nuestros, pues que tú lo quieres; y por mas que nos empeñemos en dorarlos y darles buenos coloridos, siempre han de parecer negros á tus ojos preocupados.

Cesaria. Como los vuestros no lo estuvieran un poco mas que los míos, vosotras los veríais negros, igualmente que yo.

Eusebia. Pues ¿como es, que la Sta. Escritura habla de Bailes, sin vituperarlos?

Cesaria. Trabajo os mando, para que me lo demostréis.

Balsamia. ¿No está escrito, que David danzó delante del Arca al son de los instrumentos [1]?

Cesaria. Decidme: ¿y con esto pretendéis vosotras autorizar vuestros Bailes?

Eusebia. Y como que sí; es nada menos que un santo, un rey un profeta quien Baila; y nadie se lo reprehende.

Cesaria. Si vuestros Bailes fuesen como aquel nadie os lo reprendería tampoco á vosotras. El Bailaba solo; y agitado de un santo embeleso con la presencia del Arca, explicaba de ésta suerte á Dios su gozo y su agradecimiento.

Balsamia, es que á nosotras nos habían hecho entender otra cosa muy distinta.

Cesaria. Leed vosotras mismas todo este pasage y veréis que no hay mas que lo que he dicho.

Eusebia. Pero los licenciosos se valen de este ejemplo, para autorizar sus Bailes.

Cesaria. Basta esa palabra *licenciosos*, para decidir esta materia; y con eso conoceréis cuan torpemente os engañan, haciendooos creer lo que no hay.

Balsamia. Ahora si lo vemos claramente.

Cesaria. ¿Por qué no citan mas bien á su favor el ejemplo de los Israelitas, que danzaron al derredor del

becerro de oro, mientras que Moisés estaba conversando con Dios sobre el monte (1)

Eusebia. No; de éste no hacen caso, porque saben muy bien, que aquél baile fue un baile lleno de idolatría y de otros muchos excesos, que fueron castigados con la muerte de veinte y tres mil personas.

Cesaria. Con todo no sé yo, que halla otro algún ejemplo, que les sea favorable, si no es este.

Balsamia. Pues nosotras sabemos otro, que se refiere en el Evangelio (2) sin que en él se halle de ninguna manera reprendido. Este es mucho mas fuerte, y no te dejará na la que replicar

Cesaria. Ese es menester examinarle con toda atención: y confieso desde luego, que deberé callar, en caso que el Evangelio esté en vuestro favor, y en contra mia.

Eusebia. Este tal ejemplo es de la hija de Herodías que danzó delante del Rey; á quien agradó en tanto extremo, que prometió darla todo cuanto le pidiese, aunque fuese la mitad de su reino. allí no se lee otra cosa que aprobacion; y no hay una palabra siquiera de condenación: ¿qué podrás, pues, responder á eso? El pasaje es decisivo á nuestro favor y contra tí.

Cesaria. No cantéis victoria todavía; no; esperad, y examinémoslo antes.

1 Exod. 32. 6. 19.

2 Matt 14. á v. 6 seqq.; & Marc. 6 á v. 17. seqq.

Balsamia. Aguardaremos todo cuanto quisieres; porque estamos muy seguras de que al cabo hemos de salir triunfantes.

Cesaria. Repito que no cantéis todavía victoria; pues no sé yo, que haya cosa que tanto os condene, como este mismo ejemplo.

Eusebia. Tú dirás eso; pero en el Evangelio no se encuentra cosa semejante; y esto es lo que hace que nos mantengamos tan firmes.

Cesaria. Si en eso consiste toda vuestra fuerza yo os tengo por muy débiles.

Balsamia. Ya, pero todo eso no es mas que hablar. Ya está conocido, que el andar con esos rodeos consiste en que no tienes cosa sólida que responder contra este ejemplo.

Cesaria. Bien está; veamos si es verdad eso; yo, por mí no encuentro circunstancia ninguna en esa historia, que no sentencie en contra vuestra.

Eusebia. A ver, cómo es eso.

Cesaria. Una princesa, nada menos, era la que bailaba delante del Rey, y en presencia de su corte; lo hizo esto una sola vez, como de paso en un dia de regocijo extraordinario: dejó ahora á vuestra consideracion el que veáis, si acaso esta primera circunstancia os favorece demasiado.

Balsamia. Mucho nos falta, en verdad, para llegar á la clase de aquella Princesa; y lo mismo á nuestros espectadores. Tampoco aguardaremos para tener Baille, á que haya algun motivo extraordinario; cuales-

quiera ocasion son buenas para nosotras, y las aprovechamos.

Cesaria. Por confesión propia vuestra, estáis ya condenadas, tocante á esta primera circunstancia.

Eusebia. Quizá las otras nos serán algo mas favorables.

Cesaria. Eso es lo que necesitamos examinar. Tenemos aquí á la verdad, una Princesa; pero una Princesa, que es hija de una madre sin vergüenza, de una madre adúltera.

Balsamia. Y ¿qué consecuencia es la que de ahí pretendes deducir?

Cesaria. A tí te toca sacarla.

Eusebia. ¿Por ventura quieres decir con eso, que todas aquellas madres que tienen hijas bailarinas, son desvergonzadas y adúlteras?

Cesaria. No permita Dios tal cosa.

Balsamia. Pues ¿qué? Esta circunstancia no da á entender bastante?

Cesaria. Demasiado, sí.

Eusebia. Hé! ¿y qué viene á ser por fin?

Cesaria. Harto se dá ello mismo á entender, sin decirlo.

Eusebia. Vaya; eso es gana de hacer misterio; habla claro.

Cesaria. Lo menos que yo puedo decir es, que ninguna madre prudente y modesta, ha tenido jamás una hija que sea bailarina de profesión.

Eusebia. Te permitimos que eso sea así.

Cesaria. Pues ved ahí, que esto basta para nodecarn

á todas aquellas madres, que no solamente consienten que sus hijas concurren á Bailes, sino que también las llevan ellas mismas.

Balsamia. Está ya visto que tú eres inflexible en este punto.

Cesaria. Considerad el desgraciado fin que tuvo este Baile de que vamos hablando; todavía le miraréis con mas horror.

Eusebia. ¿Qué fin tuvo, pues?

Cesaria. Vosotras lo sabréis aun mejor que yo, puesto que propusistéis este Baile, para autorizaros.

Balsamia. ¿Hablas tal vez de la muerte de San Juan Bautista?

Cesaria. ¡Ah! yo no quisiera prestar mis oídos á tan bárbara inhumanidad; ni permitir que mi lengua hablase de ella.

Eusebia. Y ¿por qué? ¿No nos dirás?

Cesaria. ¡Por Dios! no me habléis de un Baile, que así se disolvió, y que tuvo un paradero de esta naturaleza.

Balsamia. ¿Es esto acaso lo que hace que tengas tanto horror á los Bailes?

Cesaria. Confieso, que sí contribuye mucho esto: pues ¡qué! Un santo del carácter de San Juan; un santo, que desde el vientre de su madre fué santificado y que siempre conservó la inocencia; un santo á quien el Rey mismo miraba con el mayor respeto, ¡perecer de esta manera por un Baile fatal; y queréis yo que no les tenga horror!

Eusebia. Pero nuestros bailes no tienen nada de eso.

Cesaria. Yo os digo, que ordinariamente tienen un paradero todavía mas triste y desastrado.

Balsamia. Explicate; que no te entendemos bien.

Cesaria. Porque en esos Bailes no se dá muerte á San Juan, sino al mismo Jesucristo.

Eusebia. siendo eso así, tienes muchísima razón para decir que nuestros Bailes tienen un fin mas funesto aun, que el otro.

Cesaria. ¡Cuántas almas no pierden allí la inocencia! Lo cual no se puede hacer sin dar muerte á Jesucristo.

Balsamia. Todo esto que dices, es muy cierto.

Cesaria. Y que de enormes pecados no cometen allí los que han llegado á perder la inocencia? Y esto no se puede hacer tampoco, sin dar nuevamente muerte á Jesucristo.

Eusebia. Mucho celebrariamos poderte negar esto; pero no hay arbitrio para ello.

Cesaria. A consecuencia de eso, podéis luego venirme con que son inocentes estas diversiones.

Balsamia. Nosotras no lo decimos, mas no falta quien lo diga.

Cesaria. ¡Ah! Si se viese palpablemente la atroz carnicería que los demonios hacen de las almas en esas tenebrosas concurrencias y juntas, ¿quién se había de atrever á asistir á ellas?

Eusebia. ¿Con que los demonios encontrarán allí mucho con que engordar y cebarse?

Cesaria. Sí; y con la sangre de unas almas, que costaron la Sangre de un Dios-Hombre.

Balsamia. ¿Pues, según eso, gran regocijo será para los demonios el hallarse allí?

Cesaria. Añadid á esto: y una gran tristeza para los Angeles.

Eusebia. Pues nosotras ya no queremos ni dar regocijo á los demonios, ni entristecer á los Angeles.

Cesaria. Para eso necesitáis vedaros para siempre este linaje de recreaciones.

Balsamia. Ya por tomada esta resolución; y con la gracia de Dios procuraremos ejecutarla.

Cesaria. Creedme: ni de Jesucristo, ni de la Virgen, ni de los Apóstoles leemos, que jamás se hubiesen entretenido en semejantes diversiones.

Eusevia. Yo así lo discurro: ¡tan indignas eran de unos personajes como de estos!

Cesaria. Ahora bien, decidme: en calidad de Cristianas ¿no soís vosotras miembros de Jesucristo? ¿No reconocéis á la Santísima Virgen por madre vuestra, y á los Apóstoles por Maestros? Pues ¿por qué no habéis de querer pareceros á ellos?

Balsamia. Ese es nuestro ánimo, y á eso aspiramos.

Cesaria. Jesucristo no consta que riese jamás, y aun en cierto modo maldijo á los que rien (1) ¿Y vosotras? habéis de tomar parte en los goces locos del mundo

Eusebia. Para siempre jamás los renunciamos.

Cesaria. En eso de renunciarlos no hacéis mas, que ejecutar lo mismo que prometistéis en vuestro Bautismo.

Balsamia. Pues ¿qué? ¿Los Bailes son parte de las pompas del demonio, á las cuales renunciamos en el Bautismo?

Cesaria. Sí por cierto; lo son, igualmente que los espectáculos, y todas las máximas y vanidades del mundo.

Eusebia. Esto nos afianza maravillosamente en nuestra resolución.

Cesaria. No hay Paraíso; recapacitadlo bien; no hay Cielo, si no cumplís exactamente con las promesas que en el Bautismo hicistéis.

Balsamia. Incomparablemente mas vale el paraíso, que todos los locos gozos de este mundo: así, ni siquiera por un instante titubeamos ya sobre el partido que hemos de tomar.

Cesaria. Yo os felicito por tan cuerda resolución; y gustaré infinito de saber la fidelidad con que procurais mantenerla.

Eusebia. El tiempo, que es buen testigo, te dirá aun mas que nuestras palabras.

Cesaria. A Dios. Yo lo deseo vivamente.



CONVERSACION L

CONTINÚA LA PROPIA CONVERSACIÓN SOBRE EL BAILE

Balsamia. Escucha todavía una palabrita, si gustas, acerca del mismo asunto de que ayer tratamos.

Cesaria. ¡Como así! pues ¿qué? ¿Habéis mudado ya de parecer y de religión?

Eusebia. No á Dios gracias; lo mismo pensamos hoy, que pensábamos ayer.

Cesaria. ¿Pues qué otra cosa mas queréis?

Balsamia. Una breve explicacion de cierta duda.

Cesaria. ¡Eh! ¿Y Sobre qué?

Eusebia. Han llegado á decirnos, que San Francisco de Sales, cuyas opiniones sabemos que son respetables para tí, está en contra tuya sobre este punto.

Cesaria. Como sea verdad eso que os han dicho, desde luego estoy pronta á abandonar mi dictámen, por conformarme con el suyo.

Balsamia. Lo seguro es, que este santo dice en su